

Empezó entonces mi mano a trazar algunas imágenes sueltas de la cultura arriba y abajo.

Veamos entonces, escuchemos...

IV.- UN PUENTE FEMENINO EN LA CULTURA DE ABAJO.

En la tierra del Tohono O'odham, por el lado de Sonoyta, en Sonora, Doña Rosario, la más mayor de las autoridades tradicionales, mira hacia abajo sabiendo que es ahí, en la tierra, donde el cielo escribe sus memorias.

Doña Rosario le habla y trasmite a Ofelia, su nieta y gobernadora O'odham, el dolor que le habla la tierra:

“Me envenenan”, dice la tierra, la madre, “matarme quieren ellos, los que arriba son porque la muerte siembran y cosechan riqueza”.

Ofelia levanta la mirada y el corazón hacia la montaña sagrada del O'odham. De un lado la hieren el verde grisáceo de la Border Patrol, la Migra asesina y déspota. De otro lado, el asqueroso gris de los gobiernos mexicanos que consienten que el territorio del creador de los colores, el Tohono O'odham, sea convertido en el basurero de los tóxicos que el gringo desecha.

“La tierra peligra y nos llama”, piensa Ofelia, “los mayores, los ancianos, los equilibradores de las fuerzas del mundo, se van más allá, y nuestras lengua y cultura se mueren con nuestra tierra”.

“Hay que resistir, hay que hacernos fuertes”; murmura Doña Rosario recargándose sobre el hombro de Ofelia.

Y, como respondiendo la pregunta que Ofelia no hace pero siente, agrega: *“hay que hacernos fuertes con quienes son como nuestro corazón, aunque otros”*.

Lejos de aquí, otra mujer, Doña Helena, con su luminosa fortaleza, mira al sol que en abril se hace tierna tibieza.

Tiene otro color en la piel y otra lengua habla en sus labios, pero, con su modo y con su tiempo, Doña Helena dice lo que dice Doña Rosario: *“hay que resistir, hay que hacernos fuertes”*. Y, recargándose en el hombro del sol, se hace grande para asomarse al abril que nos desvela. Y sonrío Doña Helena cuando agrega: *“hay que hacernos fuertes con quienes son como nuestro corazón, aunque otros”*.

Un mismo dolor y una misma fortaleza unen a estas dos mujeres. Tan distantes y distintas, y, sin embargo, tan cercanas y semejantes.

Como ellas, en esta larga cicatriz que se llama México y que ahora vuelve a sangrar, hay cientos, miles, millones, que levantan sus dolores y tragedias personales, y con ellas sus rebeldías.

“Quien se rebela a la muerte, a nada teme, porque nada pierde”, dice la Doña Juanita, una sabedora de las montañas del sureste mexicano, y tiende un abrazo como puente que alcanza a Doña Ofelia y a Doña Helena.



SEGÚN CUENTAN NUESTROS ANTIGUOS...

RELATOS DE LOS PUEBLOS INDIOS DURANTE LA OTRA CAMPAÑA

SUBCOMANDANTE INSURGENTE MARCOS

